

1994 en tiempos de resistencia civil pacífica

Daniel Cazés-Menache

A lo largo de estos textos Daniel Cazés deconstruye críticamente la figura del subcomandante Marcos, donde se ponen de manifiesto las profundas contradicciones entre el personaje mediático y los ideales que dice defender. Todo esto a partir de su participación en el reciente proceso electoral de nuestro país.

PRELIMINAR

Reúno aquí tres textos breves publicados en agosto de 1994 en *La Jornada* y la ponencia que presenté en San Cristóbal de Las Casas en la Convención zapatista que tuvo lugar entonces ahí y en el primer *Aguascalientes*, el de Guadalupe Tepeyac. Incluyo finalmente un artículo escrito para la revista *emeequis* a raíz de la presencia del jefe ladino de los zapatistas en el DF, con motivo de lo que bautizó como la otra campaña que suspendió debido a los acontecimientos de mayo de 2006 en Atenco.

Como lo advertirá quien lea estos escritos, en 1994 ya había elementos para considerar evidente que el caudillo de los grupos indios de Chiapas que se dio un cargo mili-

tar y luego el de delegado con zeta de cifra en inglés, ha sido apoyado y protegido por los gobiernos mexicanos de dos partidos. En 1994 y en los años siguientes, aunque ahora me doy cuenta de que lo percibí, no lo acepté y apoyé el movimiento indígena chiapaneco del que el encapuchado ladino se sirvió igual que se sirvió de todos aquellos que le han dado su respaldo y su patrocinio, especialmente con discursos representativos de la izquierda criolla de las décadas de 1940, 1950 y 1960.

El cacique embozado de los grupos indios de Chiapas es un activísimo y muy avisado miembro de la llamada clase política mexicana, cuya característica principal es negar que pertenece a ella. Pienso que hoy sólo dejarán de desconocerlo quienes, adolescentes tardíos, hace más

de dos lustros veneraban con pasión las fotos del personaje que llevaban en sus carteras, en sus cuadernos, en sus libros o habían pegado sobre las paredes íntimas de sus habitaciones y lugares de trabajo, habían puesto sobre sus escritorios, o las portaban en camisetas al tiempo que adquirían un ejército de muñequitas de tela con indumentaria tzeltal o tzotzil y pasamontañas.

El alumno literario de Monsiváis, menos ocurente y profundo aunque más folclórico con sus giros pretendidamente rurales e indígenas, fue recientemente estrella de la televisión y la radio que protegen los gobiernos federales a los que él mismo calificó de derechistas cuando buscaba minar el caudal electoral de lo que hoy puede llamarse izquierda mexicana.

Cuando releí mis artículos de 1994, me sorprendí al percibir lo que ya sabía entonces, y también de haberlo obviado durante el periodo en que destaqué en la prensa y en algunas reuniones académicas las vías abiertas por la rebelión del 1º de enero, y más tarde cuando opté por guardar silencio, fatigado por lo que se volvió rutina —aunque fuera muy vistosa y digna del amarillismo de la prensa favorable o contraria— pero aún emocionalmente identificado con la visibilización de los grupos indios gracias a una rebeldía que su cabecilla supo publicitar y hacer producto de mercadotecnia con maestría.

Hoy el personaje a quien Jaime Avilés llama *cara de trapo* inicia una nueva gira para contrarrestar la campaña de resistencia civil pacífica y para combatir los planteamientos de la Convención Nacional Democrática de 2006. Para mostrar la diferencia y las coincidencias de la convención de hoy con la de hace doce años, me parece adecuado reeditar estos textos añejos. Helos aquí:

IR A LA CONVENCION

He recibido, firmada por el *subcomandante insurgente Marcos* en mayúsculas manuscritas con una R extraña y la S garigoleada, mi invitación para asistir a la Convención Nacional Democrática. Estoy conmovido, porque hoy dejé de ser uno de los contados mexicanos a quienes el *sub* aún no dirige ninguna misiva. Y también por la forma en que se me formula esa invitación, cuyo texto deseo considerar como algo enteramente personal.

Se me invita “respetuosamente” desde las montañas del sureste. Se me llama desde un lado de la noche, desde el olvido y la memoria perdida, desde el dolor, la muerte sin nombre ni rostro, y desde la esperanza. Es una invitación a brincar al otro lado de la noche, al de la historia que apunta hacia adelante, al lado, se dice, de lo mejor recuperado, de la cicatriz, de la vida con muchos rostros y nombres, de la esperanza. Desde el lado, se enfatiza, que compartimos millones, para hablarnos, vernos, descu-



Camino Aha-ha

birnos, animarnos, hacernos fuertes, tomar impulso y brincar al otro lado.

He aceptado la invitación. Debo decirle a quien me la giró, tan influido en parte de su prosa por la escritura que Monsiváis ha enseñado a varias generaciones, que he leído la respuesta que el cronista le envió, y que coincido con ella en todas sus reservas. Asistiré a la Convención y permaneceré en ella mientras mi ánimo me haga posible mantener la autonomía y la independencia que considero irrenunciables para cualquier académico, para todos los periodistas y para cada uno de quienes, en alianza nacional, participamos en la observación del proceso electoral de este año. Incontables intelectuales de diversas orientaciones académicas y filosóficas han desarrollado durante décadas diversos aspectos de una teoría de la opresión que deriva en planteamientos valiosos para el reconocimiento jurídico de las etnias y para su existencia autónoma e igualitaria en un Estado multiétnico y plurilingüe. Sólo el extinto Partido Comunista en 1979 y ahora el EZLN han traducido en propuestas y luchas políticas concretas, con sus propias visiones y matices, la misma preocupación de aquellos investigadores que, autónomos e independientes, siempre han velado

en el mismo lado de la noche y han atestado, a veces informando y recurriendo a la voz del periodismo, la muerte sin rostro. Son los que, salvaguardando cuanto pueden memorias que descubren y comparten desde el lado de la esperanza, han retratado y entregado la palabra a quienes se aferran a la vida y construyen en la historia su propio rostro y sus propios nombres. Los hombres y las mujeres en armas del 1º de enero de 1994 aparecieron una madrugada desesperada y desesperanzada, con los rostros cubiertos. Sus pasamontañas y paliacates jerarquizados no ocultaban caras temerosas: descubrían las de una muchedumbre anónima de la que todos somos parte cada vez que la opresión, la prepotencia, la corrupción, aplastan cualquier derecho diminuto o grandioso de cualquier mujer, de cualquier hombre.

Los zapatistas de Chiapas expresaron con fuego sus convicciones democráticas y su exigencia de legalidad y comicios limpios. Buena parte de lo que hoy (con visión aún corporativa) se designa sociedad civil (las oenegés), e incontables pensadores y personas sin nombre difundido, identificados al menos con el contenido profundo de las propuestas transformadoras del EZLN, enarbolaron de inmediato la bandera blanca. La Convención es convocada y sólo cobra sentido porque la rige el propósito generalizado de una paz real y digna.

Con las mismas convicciones y con los mismos objetivos (aunque nunca tomara las armas para iniciar una lucha pacífica), una ciudadanía también hastiada de las imposiciones (siempre violentas, siempre viriles), de las opresiones diversas y concatenadas, de la muerte sin sentido (pues la muerte jamás tendrá sentido), del menosprecio de la dignidad humana y de la imposibilidad de distribuir equitativamente los bienes y los gozos de la vida, se ha dedicado a construir puentes para cruzar al lado en que es posible hablarnos y descubrirnos.

Pienso en las miles de mujeres que dibujan sus propias caras y buscan la forma de sus palabras propias, que con alegría constatan que también las zapatistas han descubierto el feminismo. Pienso también en un puñado de hombres que, hartos del mandato que nos hace portadores de la opresión genérica, edifican con esfuerzo una masculinidad no opresiva para, en paralelo con las mujeres, construir otras relaciones libertarias.

Son ellas las mujeres y ellos los hombres que no sólo quieren transformar sistemas y regímenes políticos, sino también y sobre todo la vida cotidiana.

En su mayoría, según parece, consideran imprescindible impulsar un cambio institucional mediante elecciones limpias. Podría decirse que muchos mexicanos y muchas mexicanas se han obstinado en lograr ya, sin más posposiciones, la designación del jefe de su Estado y de su gobierno por una vía recta, limpia, transparente, honesta, indudable. Es evidente que, por lo menos desde 1913, eso es algo que cada mexicano se debe a sí mismo y que nada nos parecerá auténtico ni suficiente antes de que esa deuda histórica sea saldada, y de que la democracia electoral sea un hecho. Esta ciudadanía obsesiva ha inventado la observación electoral. Muchos de los que vayamos a la nueva *Aguascalientes* somos parte de esa ciudadanía, que, en mi concepto, debe mantener su autonomía para mantener su obsesión y encauzarla pronto hacia otros dominios de la democracia aún inexistente en México.

La Convención puede, en efecto, ser un espacio de encuentro y de intercambios inimaginables. Quizá de ahí salga la convicción de que las armas no pueden ser democráticas ni pacificadoras. De que cualquier forma de muerte por carencias es una forma de la guerra y una supresión de la democracia. Si así sucede, puede convertirse en uno de los catalizadores de un proceso cuyas facetas y resultados son hoy imprevisibles.

Por ello, la Convención será, antes que nada, un espacio de observación. De observación activa de este proceso de democratización singular. De observación comprometida en favor de la democracia en la vida pública y, sobre todo, en la privada.

La Jornada, 30 de julio de 1994

I. LA FE, LOS RITUALES

La bienvenida. Cuando llegó la noche, hacía ya más de doce horas que había comenzado el largo viaje de aquellos dos centenares de vehículos. El convoy se había reducido por fallas mecánicas, y su retaguardia se había detenido varias horas por la volcadura del autobús de Cleta que sólo produjo golpes leves y rasguños.



Monte Líbano



San Juan Chamula



Zinacantán

Hasta en tres ocasiones el ejército detuvo cada microbús de asientos rígidos, cada autobús con sillones reclinables, cada camioneta, cada combi y el “colchón” de redilas que recogería a quienes quedaran en el camino. Un soldado subía o se asomaba a los vehículos, saludaba, daba la bienvenida a los ocupantes, y les deseaba amablemente éxito, buen viaje y buen retorno. Tres veces también los zapatistas, con técnicas y eficacia diversas, hicieron bajar a tierra y cachearon a los viajeros al lado del camino. Así, los embozados entraron en contacto con sus visitantes, ladinos venidos de todo el país y de más lejos. Casi sin palabras, este acercamiento fue sólo corporal. Los anfitriones armados —tímidos e inseguros, o bien osados y firmes, o también hoscos y agresivos— palparon el torso, los glúteos y las piernas de los convidados. Con las manos se apropiaron de cada amigo: la lejanía, la sospecha transformada en estructura de comunicación, la referencia ambigua a la guerra, fueron elementos míticos que permitieron quebrantar (desde el poder de quien porta el arma y el consentimiento pasivo de quien entrega su persona) el tabú del tocamiento de los cuerpos ajenos que sólo pueden ser poseídos en el erotismo libre o mediante violación. Con esa acción se estableció la propiedad temporal de los rehenes voluntarios, y a la vez se reprodujo en ellos la entrega caritativa que han hecho de sí mismos, con su fe política, a la esperanza en el zapatismo de hoy.

Este ritual de imposición de manos, iniciación y lealtad empírica, alcanzaría su corolario en *La Tranca*, antecámara de *Aguascalientes* de Guadalupe Tepeyac.

Cuando tras más de veinte horas de viaje llegaron los primeros, cerca de las dos de la mañana (el trayecto de ciento ochenta kilómetros comenzó a las cinco de la madrugada del día anterior), en las tinieblas desgarradas por los faros en movimiento pudo distinguirse la niebla asentada en las laderas de las Montañas del Sureste recorri-

das por aquel camino de terracería, impecable gracias al mantenimiento reciente.

Hubo que caminar unos mil pasos desde el minúsculo poblado, reconocible por su enorme clínica del IMSS. A la derecha del gran camino, uno menor se abre en media docena de hileras, anchas apenas como una persona corpulenta. Están formadas por cercas de púas a lo largo de trescientos o cuatrocientos metros y desembocan en una suerte de corral también rodeado de agujones metálicos, donde más embozados oficiaron la última parte de esta bienvenida iniciática, combinación de temores, privaciones y humillación: nueva verificación, ahora sí a fondo, áspera, inflexible, del cuerpo y de las pertenencias de cada quien: hasta el más insignificante objeto y el último recoveco de aquellas valijas, mochilas y bolsas llenadas y acarreadas por indicaciones de un instructivo aterrador.

Quienes llegaron en medio de la noche y la bruma fueron recibidos con la luz intensa de los reflectores que horas después habrían de iluminar el espectáculo político. Algunos de los así enceguecidos habían sido invitados personalmente por Marcos, quien les había hablado —en textos acordes con la jerarquía asignada— del honor que sería tenerlos allá —no son pocas las personalidades que han cedido parte de su prestigio en el apoyo a los zapatistas—; otros eran observadores aceptados como tales, o delegados electos con base en la convocatoria venida desde aquellos cerros. Entre todos abundaban quienes ya han ido allá en caravanas para dar todo a los zapatistas y no quedarse con nada para ellos mismos.

Todos fuimos casi culpables. Pero al rehacer nuestro equipaje, una “lista de Schindler” nos dejó pasar. Poco después veríamos que además de ese recorrido de alambradas hay una vereda amplia, que no estuvo vigilada, por la que se llega a la parte alta de *Aguascalientes*, tras el cerro desmontado que hoy es tribuna, caminando sólo unos doscientos cincuenta metros desde el centro de Guadalupe.

Los periodistas fueron inspeccionados y pudieron entrar tras una espera de más de dos horas bajo el intenso rayo del sol, sin importar la hora en que hubiesen sido depositados ahí. Como si alguien hubiera escogido para tratar con ellos una mezcla de desprecio y vejación. Como si se hubiera decidido desmentir la leyenda de la habilidad zapatista con los *medios*. Como si se deseara que la Convención tuviera mala prensa.

El espacio vital. Los ritos siguientes, sin oficiales uniformados, fueron de ocupación del espacio vital en aquel terreno sobrepoblado, con instalaciones aproximadamente adecuadas para menos de la mitad de quienes llegaron. La toma de un trozo de tierra —dentro o fuera de las “posadas”— y poco a poco la carencia de ésta que exigió defender los linderos conquistados, revelaron sin duda en cada quien lo mejor o lo peor de su tolerancia y de su disposición a compartir cotidianidades difíciles con otras personas de aquel conglomerado identitario. Esta parte intermedia de la comunión de los muchos de cara destapada con los voluntariamente sin rostro, duraría el tiempo en que hubo luz del día, y algunas de las disputas inherentes al encuentro se extenderían hasta las colas en que se esperaba turno para prevenir o atender necesidades diversas, y hasta las riberas del arroyo cada vez más insalubre.

Lo más importante vendría pasadas las ocho de la noche. La multitud había reservado las sillas de la explanada y los troncos de la pendiente (donde muchos se instalaron pensando que ahí mismo pasarían la noche). Ésta era la ceremonia de vinculación entre los peregrinos, convivencia formal y expectante, inclinación plena de la muchedumbre a escuchar lo que se le diga y hacer lo que se le indique. Y, además (pese a las discrepancias virulentas entre los grupos que la integran), a expresar anticipadamente, con entusiasmo y buen humor, su adhesión incondicional a la palabra que llegará para dar lugar a la apoteosis.

Mientras tanto, horas de interminable espera: caminatas hasta las letrinas insuficientes y los fogones congestionados, excursiones al agua clorada, pequeños remojones para espantar por un momento el sudor acumulado, refrescos tibios y dulcísimos, paseos para reconocer el

lugar y descubrir insólitas estratificaciones sociales entre los iguales. Y contactos con adolescentes universitarios que acababan de descubrir su vocación policiaca, orgullosos de sus flamantes gafetes de seguridad, fervorosos en su vigilancia y entusiastas en su definición individualizada y enfática de todo lo prohibido.

Dos pendones nacionales, encontrados por sus bandadas rojas, señorearon el pódium entonces aún vacío. Todos los miramos sin verlos durante horas y horas. Ya se había instalado la penumbra entre los focos de luz mortecina, cuando aquellas banderas que evocaban irremediablemente a las de San Lázaro del DF, me hicieron pensar en un delegado de la Convención de hace ocho décadas: también zapatista y también cristiano de ideas sociales avanzadas y libertarias como las de muchos de los convencionistas de 1994. Se llamó Antonio Díaz Soto y Gama. Sus aportaciones al ritual religioso de la transformación política han sido olvidadas. Al menos por ahora.

La Jornada, 13 de agosto 1994
Aguascalientes

II. LA FE, LOS RITUALES

Fundación. Pasadas las ocho de la noche habían concluido las discusiones enconadas y los complicados cabileos destinados a conformar la presidencia de la Convención en su primer encuentro.

Frente a la sillería ocupada por los convencionistas que no tuvieron que sentarse en los troncos del cerro, la presidencia se erguía sólida al amparo de las dos enseñas patrias, a unos cinco metros sobre el nivel del suelo. Ante la mesa presidencial, larguísima, aún vacía pero destinada a cien personas, sobresalía, menos elevada, la tribuna de oradores desde donde sólo hablarían *Marcos* y *Tacho*. Una losa de cemento separa el espacio del presidium del que correspondió a los convencionistas; es tan larga como la mesa y tiene unos doce metros de ancho. Al pie del pódium, una mesita para las relatoras (porque todas fueron mujeres). El vacío inferior entre la plataforma y

La política —el quehacer ciudadano colectivizado y compartido— comenzará a ser la canción que anime la fiesta de la imaginación, de la creatividad, de la cercanía entre las personas.



Montes Azules



Cañón del Sumidero

el piso estaba cubierto por mantas blancas con el logotipo del IMSS al reverso (igual que las utilizadas como pancartas en todo el recinto). Frente a este escenario, copando el paso a quien quisiera rebasar la primera fila de las sillas de alquiler, los jóvenes agentes de tránsito gozaban del poder de veda de que fueron investidos. A la derecha, en otra plataforma levantada un par de metros del nivel del suelo, se aglomeraban los reporteros gráficos y audiovisuales en las posiciones más incómodas que pudieron asignárseles para realizar su trabajo.

Cuando se leyó el programa (intervenciones del *sub* y de *Tacho*, y desfile), muchas voces reclamaron la presencia de la comandanta *Ramona* y pidieron inútilmente que las mujeres zapatistas también hablaran.

De pronto, dos reflectores poderosos (los mismos que habían servido para la bienvenida entre cables agujoneados) iluminaron la escena donde, sorpresivamente, aparecieron los oradores y sus acompañantes, todos armados y con las caras cubiertas.

El poder en la punta del fusil —o del falo. Marcos, la pipa humeante en sus labios, colocó su fusil sobre el pódium, donde permaneció con el cañón apuntando hacia el centro de la muchedumbre de convencionistas. Gesto clave por su elocuencia aunque no haya sido producto de una coreografía finamente estructurada.

Los aplausos y las consignas expresaron la emoción de los presentes, su veneración por los recién llegados, su comunión entre ellos y con los zapatistas.

Aguascalientes sería entregada a la Convención, y ésta la recibiría cálida y emocionada.

Ambas alocuciones impecables, conmovedoras y, aunque simples, emanadas de concepciones filosóficas y políticas claras y precisas.

La presidencia colectiva fue una hazaña sorprendente. Los sesenta y cuatro delegados estatales hicieron una obra de arte de la tolerancia y los propósitos unitarios. Con los treinta y seis personajes que completaron el primer presidium de la Convención, se conjugó al menos medio siglo de luchas de la izquierda, amalgamadas en estratos geológicos fácilmente distinguibles y extendidas en el más amplio abanico de corrientes y posiciones, muchas opuestas entre ellas tanto a lo largo de las décadas como en el momento actual.

Si algo fue claro en esta primera asamblea de la Convención fue su voluntad de encuentro. Nunca antes (salvo quizás en las urnas de 1988) se había dado un acercamiento de las izquierdas como éste; nunca antes, en todo caso, habían concurrido formalmente a un ceremonial común semejante, concebido como rito fundacional sin precedentes. Porque es incuestionable que esa noche se fundó algo nuevo en la historia de la democracia mexicana (precaria como es y sujeta a interpretaciones múltiples y contradictorias): una red de incontables organizaciones de todo tipo, destinadas a contar en la política desde hoy mismo. Incluso las tendencias que no aceptaron ocu-

par su sitio o que no fueron invitadas a hacerlo estaban representadas.

Lo que hoy se cimentó en *Aguascalientes* tal vez será mito de origen en unos años.

No hay que olvidar que de los cien miembros de ese presidium, sólo veinte son mujeres y de ellas muy pocas son delegadas.

Las bases de apoyo zapatistas (hombres y mujeres, jóvenes y mayores, muchos con las caras descubiertas, uno con una máscara de danzante, algunas mujeres con niños de brazos) iniciaron el desfile. Los siguieron las fuerzas regulares, con la distinción jerárquica en el color de los pantalones, y con el trozo de tela blanca en el cañón de las armas. La plataforma de cemento cumplió entonces su cometido escenográfico: las botas militares dejaron en ella el sonido de sus pisadas, firmes y disciplinadas.

La apoteosis alcanzó así un clímax. Pero habría otro.

Las cuerdas afectivas de la muchedumbre, hechas vibrar con maestría por el *sub*, se expresaban en manifestaciones más místicas que políticas. El guía parecía por momentos una figura mesiánica más que un dirigente o que un representante.

Nuevamente apareció la bandera, esta vez plegada y brillante. Marcos la daría en salvaguarda a la Convención: era su cuerpo y su sangre que, como manto de la Verónica, entregaría a Rosario Ibarra, *mater* dolorosa de las izquierdas mexicanas, de inmediato designada presidenta de la sesión.

Luego se cantó el Himno Nacional. Muchos lo entonaron con el brazo erecto hacia adelante, abriendo el índice y el medio para formar la consabida V o cerrando con fuerza el puño.

Desaparecieron los de pasamontañas, y la luz se hizo de nuevo mortecina.

Antes de elegir vicepresidentes, el peyorativo “intelectual” descalificó a los dos propuestos. Pero la votación no se efectuó: la tormenta tropical dispersó en el lodo a los convencionistas, que sólo pudieron trabajar unas horas al día siguiente.

Del ritual de las discusiones y los acuerdos (un día en cinco mesas en San Cristóbal, antes de *Aguascalientes*), y de las ocho a las doce de la mañana aquí, habrá que escribir en otra ocasión. Hoy la comunión racional consiste en la adopción, en lo general de las relatorías de las cinco mesas, que incluyen propuestas de mayoría y de minoría; se ha declarado sesión permanente, hay lineamientos básicos sobre las elecciones (se debe votar contra el PRI y contra el PAN, por el candidato que asuma los acuerdos de la Convención, que no tomó ninguno) y el documento original presentado por los zapatistas fue aprobado.

Siete ponencias trataron temáticas de género, es decir, de lo que en la mía llamé de democracia cotidiana, de democracia vital. Hay una propuesta para que se abra un foro permanente sobre estos temas. Tal vez ahí el mi-

litarismo y la violencia viriles, vigentes en la Convención como normas de relación, puedan cuestionarse y encontrar alternativas. De otra manera, poco de lo que es posible entender con ojos antropológicos podrá ser aceptado como ejercicio de una auténtica ciudadanía.

Sin el levantamiento del 1º de enero, los más recientes cambios a la infraestructura electoral habrían sido inconcebibles; sin la Convención muchas perspectivas hoy abiertas permanecerían cerradas. Pero nada de eso es aún suficiente.

Pasar de lo que expresan hoy los símbolos al desarrollo de un proyecto auténticamente democrático, no basado en la emotividad de los rituales sino en la racionalidad de los pactos y los compromisos claros, es el gran reto de la Convención y del zapatismo actual: la condición misma de que alcance y mantenga algún sentido histórico, el elemento clave de su sobrevivencia.

El águila, ave de rapiña del más elevado vuelo y emblema castrense por excelencia, no puede seguir siendo símbolo de resistencia a la opresión, de la lucha por la libertad, la democracia y la dignidad. Pero para el EZLN y para la Convención aún lo es...

La Jornada, 15 de agosto 1994
Aguascalientes

DE LA CIUDELA A ATENCO

VIOLENCIA CONTRA MUJERES Y AVAL TELEVISIVO

Escribo bajo la impresión de dos imágenes: la de Marcos en la tele y la de los relatos de María Sastres, Cristina Valls y Valentina Palma. Todas vienen de Atenco.

Las persecuciones y las matanzas del 68 (iniciadas en julio y prolongadas mucho más allá del 2 de octubre), partieron de un pleito callejero entre estudiantes de una prepa privada y de una vocacional en la Ciudadela. A la distancia y pese a la impunidad de Estado promulgada por la Suprema Corte, es evidente que ese hecho banal y lo que siguió fueron orquestados desde el Zócalo y desde Bucareli, y que el objetivo de los políticos —en aquel tiempo todos priístas— era tanto una nueva legitimación del autoritarismo y de la represión, como resultado de las tensiones preelectorales que se avecinaban y que enfrentaban al menos a dos precandidatos al dedazo, el regente del DF, y el secretario de gobernación.

La provocación con los floristas de Texcoco, la invasión de Atenco, la persecución violenta de sus habitantes, los arrestos indiscriminados y también selectivos, las torturas ni siquiera disimuladas, la expulsión ilegal de jóvenes extranjeras, son sólo algunos detalles que evocan a los primeros días de las jornadas del 68.

Valentina Palma fue mi alumna en un seminario sobre género en la ENAH. La veo de nuevo después de



© Rubén Vázquez

San Cristóbal de Las Casas

ocho años, en las fotos que publicó *La Jornada* en mayo, tras enterarme de lo que vivió en su propio relato y en una carta de María Novaro. Sólo unos días después de que en la Cámara de Diputados se aprobara la *Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia*, y de que en el Senado las influencias misóginas de un par de colegionarios de Fox y de su candidato impedirían que fuera más allá de la primera lectura.

La violencia misógina que hace de las vidas de las mujeres un peligro permanentemente ha sido siempre la medida de la igualdad, de la libertad y de la democracia reales en cada país.

En 1968 también se persiguió y se expulsó a jóvenes extranjeros atrapados en ámbitos estudiantiles (todo el DF, muchas partes del país, eran ámbito estudiantil). Díaz Ordaz mismo atribuyó los intentos por democratizar a México a la influencia y a la intervención de mentes y manos extranjeras.

Con frecuencia, el chauvinismo de Estado cobra eficacia cuando se trata de justificar el terrorismo de Estado con la seguridad nacional y el Derecho. El Estado policiaco daba entonces una de sus abundantes muestras de vigencia, tan semejante a la que está dando hoy.

Abusar de las mujeres forma parte rutinaria de los procedimientos que comprenden la violación de cualquier norma legal en nombre de la Ley que, cuando les parece conveniente, suelen proclamar las fuerzas del gobierno, armadas o sólo vociferantes hacia el interior y hacia el exterior.

Como acaba de hacerlo un miembro del gabinete, en 1968 Díaz Ordaz proclamó el derecho inalienable del gobierno a defenderse de la ciudadanía.

Lo que en estos días hemos visto en la tele y lo que relatan María, Cristina y Valentina desde España y Chile, dan cuenta de las tendencias gustavistas y luisistas del vicentismo-martismo-rubenismo que padecemos.

Al presidente y a su candidato les es cada día más difícil retener el brazo que quiere escapárseles hacia arriba y adelante como el de ciertos caudillos europeos de las décadas de 1930 y 1940, y como el del Doctor Insólito que encarnó Peter Sellers.

Pero hay más: *ahora gobiernan los medios electrónicos que tienen amarrados a los candidatos*, como sentenció certeramente el pasamontañas más complacido de esos mismos medios.

Tal vez su voz, mucho más autorizada desde que la tiene amarrada Televisa, pueda orientarnos pronto sobre su presencia casual aquí, libre y avalada por el gobierno que parece patrocinarlo hoy. Tan cerca del DF, y precisamente en vísperas de Atenco y a partir del ciudadelazo consumado ahí. Y de las elecciones. También, con el estilo pseudo indígena y sumamente ocurrente que le es característico, el Señor de los Escarabajos erectos podría aclarar la relación de sus palabras con las de los candidatos tricolor blanquiazul, tan idénticas a las suyas. Y la de sus amenazas ultra revolucionarias en la UNAM con su discurso virulento contra un partido y un candidato: al fin y al cabo sus palabras

suelen tener el mismo fondo que las de los dos aspirantes amarrados por Televisa.

Encapuchado y todo, ese atadero también lo aprisiona a él. ¿Acaso su sonrisa embozada se debió a la alegría de haber salido en la tele?

Otra cuestión: Además de abrirle al cacique ladino de los indios del sureste el espacio político en el D.F., que ellos le clausuraron en Chiapas, ¿la Secretaría de Gobernación, la de Relaciones Exteriores y la Procuraduría General de la República harán algo para restituir las garantías individuales a quienes están siendo víctimas de este Estado de Derecho, o simplemente se contentarán con insinuar que, una vez más, las armas mexicanas se han cubierto de gloria?

EMEEQUIS.

Enviado para su publicación el día 13 de mayo de 2006

FE Y RACIONALIDAD EN LA DEMOCRATIZACIÓN DE MÉXICO

Nuestras vidas están reguladas por una red de opresiones (fundamentadas ideológicamente en las estructuras de las diferencias genéricas, económicas y de clase, de edad, étnicas, nacionales, religiosas, políticas, etcétera), que conforman un intrincado sistema de relaciones en el que cada mujer y cada hombre estamos obligados a cumplir roles determinados, a someternos al dominio de otros y a vivir en la violencia cotidiana para alcanzar o preservar privilegios.

En este sistema, los individuos no existimos, carecemos de rostro y de voz a menos que estemos integrados a un *fascio* o corporación que nos conceda una identidad social limitada y sujeta a la representación que de ella hagan en los ámbitos públicos los dirigentes consagrados y sacralizados para ello. La voz y el rostro de cada ser se disuelven en la voluntad de los líderes carismáticos, atribuida a masas anónimas, amorfas, anómicas, y legitimada con la referencia mítica a ancestros divinizados que han sido condenados a integrar panteones de figuras extáticas e intocables.

Calca y expresión de las religiosidades basadas en la ignorancia, el temor y la culpabilización pecaminosa, la opresión corporada elimina toda posibilidad de iniciativa individual, de acción de la voluntad en las decisiones cotidianas, de pactos libres para una convivencia justa y equilibrada. En lugar de éstos, la fe en los discursos dominantes y en quienes, en medio de cultos que los deifican, detentan los poderes públicos o supuestamente alternativos, ocupa el lugar destinado a la racionalidad y a los compromisos libremente asumidos. El Estado o sus micro equivalentes aparecen como divinidades a las que sólo se puede invocar con plegarias para

solicitarles piedad y benevolencia. Los gobernantes y los sedicentes representantes del pueblo no son, en estas circunstancias, más que oficiantes y pontífices de diversos rituales en que se reproducen todos los días las estructuras de la dominación y los privilegios de quienes los ponen en marcha ininterrumpida.

Este carácter han tenido el Estado mexicano y quienes han sido sus propietarios y operadores, desde la precariedad institucional de los poderes en tiempo de Santa Anna, pasando por las endeble estructuras liberales decimonónicas fortalecidas finalmente en el porfiriato, hasta la edificación nacional revolucionaria corporativa (es decir, fascista) surgida de las luchas armadas de 1910 a 1920 y sus secuelas bélicas, la última de las cuales se detecta oficialmente en 1929, el mismo año en que se creó el Partido Prácticamente Único, verdadera cámara de corporaciones nacionales y regionales.

El primero y más importante de los *fascios* se ubica en las relaciones cotidianas. Se trata de la familia, cimentada en la síntesis, a la vez simbólica y empírica, de todas las opresiones: la virilidad exigida, deseable e incuestionada de quien debe jefaturarla, y la sumisión, el silencio, la enajenación, la expropiación y la anulación de quienes le deben obediencia (antes que nada la “madresposa” del patriarca e intermediaria entre él y los hijos que haya procreado para él).

A imagen y semejanza de ese núcleo de relaciones con reminiscencias bíblicas, toda la organización social, comunitaria, local, regional, nacional, se diseña sobre el modelo del patriarcado al que se reputan un origen natural e insintintivo y una existencia perpetua e inmutable: los modos de producción y los sistemas económicos cambian igual que los regímenes políticos; el conocimiento se amplía, las comunicaciones reducen distancias, tamaños y tiempos del planeta; las revoluciones y las movilizaciones sociales se suceden y se anulan, y los ideales democráticos se formulan y se reformulan cada vez con mayor precisión y profundidad.

Pero la virilidad y la feminidad que configuran las culturas de la opresión siguen siendo o pretendiéndose fundamentalmente idénticas a sí mismas, por más que sus descripciones, sus críticas y las alternativas ideadas a partir de las reflexiones en su torno, sean cada día mejor expuestas y formuladas de manera más amplia y profunda. Ni siquiera quienes se consideran a sí mismos los más revolucionarios entre los revolucionarios se plantean alterar las normas ni las costumbres que rigen y al mismo tiempo conforman el espacio real (verdadero paralelogramo de fuerzas en el sentido gramsciano) de las relaciones sustentadas en el privilegio y la humillación en la vida de todos los días. Sólo para las mujeres feministas y para un pequeñísimo pero creciente puñado de hombres que han dicho



Chiapa de Corzo

© Rubén Vázquez

basta a la masculinidad opresiva, desmontar la misoginia y la falocracia constituidas sobre la ley del padre también concierne, de manera sobresaliente, a la lucha por la democracia. Más aún: para esa minoría que se mueve en espacios aún reducidos, cualquier lucha calificada de democrática es falaz y está destinada al fracaso y a la frustración si no se inicia combatiendo a la falocracia íntima, cotidiana, de tal manera omnipresente que es invisible.

La omnipotencia patriarcal adjudicada a los aparatos de gobierno de cualquier índole y nivel y a quienes los encabezan de manera temporal o definitiva, expresa la organizada (aceptada y frecuentemente deseada) imposibilidad de que los ciudadanos y las ciudadanas de carne y hueso participemos en las decisiones en torno a políticas y acciones que nos conciernen. Hay sociedades como la mexicana, con su conjugación de complejidades y homogeneidades, en las que por siglos han ido arraigándose los despotismos patriarcales y corporativos; en ellas, oponerse al dominio y a quienes lo ejercen es como oponerse a las fuerzas de la naturaleza y de la voluntad divina. Por ello, entre nosotros la lucha política suele surgir de la desesperación o al menos expresar la desesperación de quienes descubren destinos inexorables

e inescapables, como si estuvieran efectivamente oponiéndose a los designios de una deidad implacable y de un clero todopoderoso.

La desesperanza de los sometidos convierte a los opresores divinizados en el anticristo, y a los oprimidos que luchan en liberadores del santo sepulcro.

De la misma manera, también la búsqueda de democratización y de democracia adquiere dimensiones fideístas: las de alguna cruzada convocada y encabezada por iluminados que recorren el camino de la revelación, la profecía, la infalibilidad incomprendida y el martirologio y la santidad inminentes.

Otra cosa sucederá cuando los procesos democratizadores que datan en México por lo menos de 1968, alcancen la fase en que la ciudadanía rebelde y pacifista se reconozca y emprenda caminos más políticos que místicos. Entonces, la política —el quehacer ciudadano colectivizado y compartido— comenzará a ser la canción que anime la fiesta de la imaginación, de la creatividad, de la cercanía entre las personas.

Texto Presentado en la Convención de Aguascalientes
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas
Agosto, 1994 